



OBISPO DE CARTAGENA

Ordenación sacerdotal

Parroquia de San Pedro del Pinatar, Iglesia de la Trinidad,
a 2 de abril de 2022

Excmo. Sr. Arzobispo

Vicarios episcopales, arciprestes, sacerdotes,

Saludo a los rectores de los seminarios San Fulgencio y Redemptoris Mater, y formadores,

Director del Centro de Estudios Teológicos San Fulgencio,

Seminarios de Guadix, Idiofa (Congo) y Almería,

Religiosos y religiosas,

Un cordial saludo a los padres y demás familiares de los ordenandos,

Seminaristas mayores y menores de San José,

Párroco y fieles de esta parroquia de San Pedro del Pinatar,

Hermanos y amigos.

Queridos diáconos: Francisco, Pablo y Pedro, que el Señor os colme de gracia y de bendiciones para que podáis vivir en plenitud lo que esta mañana vais a recibir como regalo de Dios: «El Espíritu del Señor estará con vosotros, porque el Señor os va a ungir y os va a enviar a anunciar la Buena Noticia». Ya sabéis que de muchas maneras se ha comunicado Jesús con vosotros en este tiempo. Desde que supisteis que os llamaba habéis tenido muchas oportunidades de reconocer que esta aventura no ha sido fruto de una ilusión, porque el Maestro os ha dado pruebas objetivas de su interés. Habéis tenido la oportunidad de haceros muchas preguntas a lo largo de estos años, habéis reflexionado sobre el paso que disteis y habéis podido comprobar que esto es cosa de Dios y no vuestra. Durante el tiempo del seminario se os han presentado situaciones claras para conocer los pros y los contra de esta vocación singular, lo que os exige el arado y no mirar atrás; lo que supone tomar la decisión para acoger en lo hondo de vuestro ser las condiciones que os pone el Señor, eso de dejar padre, madre, la posibilidad de formar una familia y tantas otras cosas, como las experiencias de otros hermanos, que dieron el paso y ya están felices sirviendo al santo Pueblo de Dios... Y seguro que habéis valorado lo que acabamos de escuchar, que lo viejo ha pasado y ahora comenzáis en Cristo una vida nueva: ser sacerdotes de Jesucristo, compañeros en el camino y dispuestos a hacer la voluntad de Dios.

Nos detenemos en la Palabra que habéis elegido, prácticamente no necesitáis más, porque ella lo dice todo, no hay que añadir nada más. Podría haberos sorprendido el Señor presentándoos una vida deslumbrante, estupenda y maravillosa, donde vosotros fuerais los protagonistas de historias envidiables, con muchos poderes y siendo aclamados por la gente, lejos de los problemas, como los divos de las sociedades opulentas, pero no ha sido así, no os engañéis, no va a ser así. Lo que os espera es la vida real, la de todo el mundo, con sus alegrías y sus penas, con nuestra condición de personas normales, limitadas y

frágiles, porque el Señor os ha querido escoger así, por lo que sois y como sois, con vuestras virtudes y defectos, sois pueblo. A esto se refiere el decreto conciliar, *Presbyterorum ordinis*, n. 3, cuando dice: «Los sacerdotes están tomados de entre los hombres y constituidos en favor de los hombres en las cosas que pertenecen a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por el perdón de los pecados, por lo tanto, viven en la tierra con otros hombres como hermanos entre hermanos». Vosotros sois hombres, con vuestra propia humanidad, que conocéis vuestra propia historia, con sus riquezas y sus heridas y habéis aprendido a hacer las paces con ella, llegando a la serenidad de fondo, propia de un discípulo del Señor, con la ayuda de vuestros formadores y de los hermanos de la comunidad. Pero aquí no acaba la historia, porque habéis sido llamados para trabajar, para servir a los hermanos, para gastar y desgastar vuestra vida en el servicio, y la tarea es no dejarse dominar por vuestros propios límites, aprendiendo en el servicio a poner en valor los talentos que el Señor os ha regalado. Amigos, el Señor os ha regalado una bella cruz, una cruz que pesa mucho, aunque nunca os faltarán los cirineos.

El Señor os ha llamado para llenar vuestra vida y la de los demás de sentido, no os ha puesto la cruz sobre los hombros para «fastidiaros», de ninguna manera, porque el Señor habla con claridad: Os llama para dar la Buena Noticia, para curar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos, a los presos de libertad, consolar a los afligidos y a proclamar el año de gracia del Señor... Decíme, ahora, con este programa, ¿dónde está el tiempo para vosotros? No lo hay, todo vuestro tiempo es para el Señor, pero al servicio de los hermanos. ¿No hemos oído el Evangelio? Nos dice que nuestra vida está en saber permanecer en el amor, que nuestra alegría es el servicio a los hermanos, que hemos sido llamados para dar fruto... ¡No es una vida de tristeza, de oscuridad y exigencias! No pretendo hacer una apología de la Iglesia y de los sacerdotes. El sacerdote no es ni un héroe ni un neurótico. «El sacerdote es un hombre perdonado, invitado con la conciencia de ser perdonado, para convertirse en pastor según el estilo de Jesús, herido, muerto y resucitado». Es un simple hombre, que con su humanidad busca seguir a Jesús y servir a sus hermanos. Hay miserias, pobrezas y fragilidades como en cada ser humano, pero Dios siempre perdona y levanta, te resucita de la muerte y te anima también para que veas la belleza y la bondad que hay en cada criatura...

Vosotros también habéis sido llamados a ser apóstoles de la alegría, anunciadores del Evangelio, es decir de la Buena Noticia por excelencia, ciertamente no somos nosotros los que damos fuerza al Evangelio, -aunque algunos lo creen- pero podemos favorecer u obstaculizar el encuentro entre el Evangelio y las personas. Eso sí, somos «vasijas de barro» en las que guardamos el tesoro de Dios, un recipiente del que debemos cuidar para transmitir así su precioso contenido, ¡pero el ejercicio de este ministerio nos lleva a la santidad! Mirad qué cosa tan bonita dice el Papa Francisco: «A pesar de las dificultades y de la fatiga de cada día, manifestaréis, a través de su vida cotidiana, e incluso en la experiencia de vuestras fragilidades, que el don de la vida al servicio del Evangelio y de los hermanos es fuente de una alegría que nadie os podrá quitar».

Queridos Francisco, Pablo y Pedro, habéis sido ungidos para servir al pueblo, al pueblo santo, al Pueblo de Dios. Esto ayuda a los sacerdotes a no pensar en sí mismos, esto nos recuerda que somos autorizados y no debemos ser autoritarios; firmes, pero no duros; alegres, pero no superficiales; en resumen, pastores, no funcionarios, como nos recuerda el Papa... Me viene a la mente la frase de san Ambrosio, del siglo IV: «Donde hay misericordia está el Espíritu del Señor, donde hay rigidez, están solo sus ministros». El ministro sin el Señor se vuelve rígido y esto es un peligro para el Pueblo de Dios.

Antes de terminar, otra cosa que nos dice el Papa y que a mí me ha gustado recordar para mi vida, porque me sirve de tarea: «El seguimiento de Jesús es lavado por el mismo Señor para que nos sintamos con derecho a estar “alegres”, “plenos”, “sin temores ni culpas” y nos animemos así a salir e ir “hasta los confines del mundo, a todas las periferias”, a llevar esta Buena Noticia a los más abandonados, sabiendo que Él está con nosotros, todos los días, hasta el fin del mundo. Y, por favor, pidamos la gracia de aprender a estar cansados, pero ¡bien cansados!».

Os encomiendo a los brazos de la Santísima Virgen María, para que Ella os lleve todos los días, en el ministerio, a su Hijo Jesús. Amén.

+ José Manuel Lorca Planes
Obispo de Cartagena